

31. P. Alberto Esponera

El P. Alberto Esponera nació en Jaca (Huesca) en 1782. Ingresó en el noviciado de Peralta en 1796 y profesó en 1798. Enseñó aritmética y humanidades en Zaragoza y luego teología a nuestros juniors. Era maestro de los mismos cuando en 1825 pronunció el sermón de apertura del primer Capítulo General de España. Fue rector de Zaragoza 25 años (1829-1854) y al terminar su rectorado se le nombró Vicario Provincial. El Nuncio de Su Santidad le nombró en febrero de 1852 Asistente General. Y el arzobispo de Zaragoza, examinador sinodal. Falleció en Valencia en 1856.

Ofrecemos unas páginas de su “Oración fúnebre en las solemnes exequias de la Reina Nuestra Señora doña María Josefa Amalia de Sajonia celebradas el 9 de julio de 1829 por la ciudad de Zaragoza”¹.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia Principis

Ct, 7.

¡Para qué tiempos nos habéis reservado, Dios mío! Apenas vemos en ellos otra cosa que señales de vuestra indignación. En efecto, parece que el señor Dios de los ejércitos, como decía en otro tiempo el Santo Profeta Jeremías. ha abierto su arsenal y ha sacado los instrumentos de su ira para castigar nuestros pecados. Después de una guerra desoladora, después de una anarquía la más injusta y cruel, después de otras mil desgracias de que todos hemos sido testigos, recientemente ha conmovido la tierra con estruendo, y con las señales de su furor tiene amedrentada las gentes. Sí, Señores, Dios ha hecho temblar la tierra en una de nuestras más bellas provincias, y ha sepultado en sus cavernas los hombres, las riquezas y sus más lisonjeras esperanzas.

Y, sin embargo estas desgracias, todos estos males de tamaña consideración no parece haber sido más que ligeros precursores de otros males incomparablemente más terribles, y de una nueva más sensible y más general calamidad. Creíamos que la ira divina quedaría satisfecha con tantas víctimas, pero ¡ay! que Dios exige de nosotros un nuevo y más doloroso sacrificio, y como Dueño de la vida y de la muerte, arrebató de entre nosotros a DOÑA MARÍA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA.

Bien sabemos, Dios mío, que para los que os aman, tanto lo próspero como lo adverso les es provechoso, y que vuestros mismos castigos son efectos de vuestra bondad infinita dirigidos a nuestra enmienda y santificación. Pero también sabemos que al sentir sobre nosotros todo el peso de vuestra justicia, adorando humildes vuestra providencia amorosísima, no os enojaréis, Señor, porque, contemporizando con nuestra debilidad, nos entreguemos al más justo dolor. Vos mismo autorizáis nuestro llanto cuando decís por vuestro Divino Espíritu: *hijo, derrama lágrimas sobre el muerto*, y nosotros debemos llorar, como el que padece un quebranto extraordinario.

¡Oh, Aranjuez! ¡Oh sitio malhadado! ¡Oh palacio célebre por la muerte de dos princesas tan amables como virtuosas! En tu recinto se eclipsó aquel astro lucidísimo que vino de las Dos Sicilias para aumentar el brillo y la hermosura del hemisferio español, y en tu mismo recinto se ha marchitado esa flor que, trasplantada del norte a nuestro suelo, hacía todas nuestras delicias. Ha muerto AMALIA, la nieta de los Césares, hija de Reyes, esposa de un Monarca poderoso, y ella misma Reina de dos mundos. AMALIA, en cuya alma pura se hallaba entronizada la modestia, la sencillez, el candor con todas las virtudes.

En estas, en estas solas hemos de buscar el consuelo para nuestro dolor: el dulce recuerdo de las virtudes de la Reina debe enjugar nuestras lágrimas, porque ellas deben inspirarnos una firme confianza de que la muerte no ha hecho más que trasladarla de un reino terreno a otro celestial. Le ha quitado una corona perecedera para darle otra de gloria, que debe durar eternamente. Si aquí la veíamos con placer sentada sobre un brillante trono, idolatrada de su augusto Esposo, estimada de toda la Familia Real y querida de todos los españoles, ahora, colocada sobre las

¹ Biblioteca Provincial de Emaús, Papeles Varios, 11/17 j. Zaragoza, Miedes. 30 pág.

estrellas, rodeada de una luz en cuya comparación es tinieblas la que vemos acá en la tierra, nada en un mar de delicias, que el entendimiento humano no puede comprender.

No pretendo, Dios mío, recorrer el velo que oculta vuestros inapelables pero justos juicios. Sé que examináis con el mayor rigor las obras buenas, aun las de los mismos escogidos; sé que las estrellas del Cielo no están limpias en vuestro acatamiento. Pero, por una parte vuestra infinita misericordia, y por otra la vida de la Reina que lloramos, su religión, su profunda humildad, su caridad ardiente, todo nos hace creer que goza de vuestra presencia en la gloria. Habiendo recibido una buena alma, una feliz inclinación a la virtud, y un corazón dócil para recibir sus impresiones, caminé sin tropiezo por las sendas de la verdad y de la justicia, cumplió todo lo que ordenan la ley y los profetas, porque amó a Dios de todo corazón, y amó tiernamente a sus prójimos. En eso consiste toda la perfección del hombre, y en esto mismo consiste también el heroísmo de la difunta Reina, a cuyas cenizas tributamos este testimonio de amor y de gratitud, y en esto debe fundarse su elogio y nuestra instrucción.

Gracias a Dios, no me veo en la dura necesidad de tener que pintar a nuestra difunta heroína, diciendo lo que debía haber sido y callando lo que fue. No, ni la mentira ni la vil adulación ocuparán hoy el lugar de la verdad. Es demasiado respetable la memoria de la augusta AMALIA para que yo me atreva a insultarla con falsos elogios. Su mérito relevante es superior a todo encomio, y lo menos que de ella puede decirse es que fue hija de esclarecidos Reyes. Pero si en sola esta prerrogativa hubiera de consistir su elogio, no haríamos más que, como decía un antiguo Padre, alabar una estatua por la sombra, o a un león por las uñas. Y, en efecto, ¿qué gloria fuera para AMALIA haber nacido junto al trono, si la sangre de tantos y tan ilustres Reyes no hubiera dado un noble impulso a su alma para aspirar a la verdadera grandeza, por medio de la virtud? Ahora mismo estuviera ya sepultada su memoria con todos sus timbres y blasones, si no hubiera sabido que *amar a Dios es la verdadera sabiduría, que en apartarse de lo malo consiste la verdadera prudencia, y que el temor de Dios es la base de la sólida y verdadera grandeza.*

Por fortuna, esta fue la leche que mamó la virtuosa AMALIA en sus primeros años. Su alma pura conoció que no había sido criada para ser esclava de los objetos que embelesan a los sentidos, sino que debía sobreponerse a todas las cosas terrenas y dirigir todos sus esfuerzos al sumo, al único bien que podía llenar su infinita capacidad. Bien pronto desapareció a su vista toda la pompa que rodea a los Reyes; bien pronto se desvaneció el prestigio con que este sueño y fantasma de felicidad seduce el corazón. Aspiró a una soberanía mucho más gloriosa que la que ofrecen los cetos y coronas de este mundo. Aspiró a ser Reina y Señora de todos sus deseos y apetitos, y consiguió hacerse superior a todos ellos. Se propuso ser soberana de sus pasiones, y logró que fuesen lo que son para una nave los suaves y prósperos vientos. ¿Creéis que es esta una pintura imaginaria? Pues sabed que a los diez años de su edad huía la joven princesa de las diversiones y pasatiempos de la corte; a los diez años tuvo valor para desprenderse de todos sus juguetes, para entregarse a la oración. Así no extrañéis que, en medio de los peligros, entre las delicias, comodidades y placeres, conservara toda la pureza de su alma y fuera semejante a aquel río de cuyas aguas se cuenta conservan toda su dulzura aún después de mezclarse con las del mar.

Dios, que había acrisolado la virtud de nuestro Augusto Soberano con el fuego de la tribulación, que había hecho la prueba más dura y más sensible a su corazón con la arrebatada muerte de la Reina DOÑA MARÍA ISABEL, parece quiso coronar tan heroica constancia destinándole para esposa a DOÑA MARÍA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA. Esta Princesa incomparable era la única que podía reemplazar a la virtuosa y amable ISABEL. AMALIA sola era capaz de llenar el inmenso vacío que aquella heroína, a todas luces grande, había dejado en el corazón de su esposo, y en el de todos los españoles. Si la mujer buena es para el adorno de su casa lo que el sol para el mundo al nacer en las alturas, sin duda era la piadosa AMALIA la que, colocada sobre el trono de San Fernando, había de esparcir desde aquella eminencia el resplandor de sus virtudes por dos hemisferios, no obstante la grande distancia que los separa.

¡Oh días alegres, qué pronto habéis desaparecido! ¡Qué pronto se ha convertido en llanto nuestra cítara, y en cantos lúgubres los instrumentos de nuestra alegría! ¡Con qué placer miraba a toda la España tan feliz unión, como un favor especialísimo del Cielo! ¡Qué esperanzas tan lisonjeras concebimos, viendo que las voluntades de nuestros Soberanos caminaban de acuerdo para fomentar la felicidad de los pueblos! FERNANDO se entregaba todo a las importantes tareas del

gobierno, entretanto Amalia nos edificaba con sus ejemplos. Vos, Dios mío, la enviasteis a España para que su virtud sirviera de antídoto contra la corrupción de las costumbres, y para que su ardiente celo por nuestra sagrada Religión fuese un dique poderoso contra el violento torrente de la impiedad, y contra el más descarado libertinaje. Meditaba el REY FERNANDO restituir a su corona las piedras que el espíritu de novedad e insubordinación le había robado, y AMALIA levantaba sus puras manos al Cielo para conseguir un feliz éxito en tan útiles y necesarias expediciones. Ya olvidábamos todas nuestras pasadas desgracias; ya nos considerábamos en la creciente de nuestra gloria; ya creíamos nos faltaba poco para llegar a la plenitud de nuestra grandeza.

Mas ¡oh error de las humanas esperanzas! ¡Oh inconstancia de la felicidad terrena! En medio de tan halagüeña perspectiva, he aquí que el genio del mal sacude otra vez su hacha sediciosa sobre nuestro horizonte. Voló cual relámpago la discordia desde el Mediodía hasta el Norte, y casi sin advertirlo, nos vimos envueltos en los mismos males de que apenas habíamos convalidado. Se abusó del dulce nombre de la libertad; se pretendió una igualdad quimérica, imposible en la práctica. Pero no nos cansemos, demasiado os acordáis que se pretendió lo que ni se podía querer, ni desear, y por fin se abusó de todo. En medio de aquella horrible inundación de males, entre aquellas violentas convulsiones que agitaron toda la monarquía, e hicieron temblar el altar y el trono, descubrió AMALIA toda la sencillez de paloma ilustrada con la prudencia de la serpiente. *Nada puede acontecer al justo que le cause aflicción.* Por eso no se vio abatido su magnánimo corazón, armado de aquella virtud robusta que no es vencida, aunque sea insultada; que, cuanto más perseguida, se presenta más fuerte y animosa. Se acordó la prudente y discreta AMALIA que era Reina y Señora de dos mundos, y supo mantener con admirable firmeza todo el decoro que debía a su alta dignidad; pero al mismo tiempo no olvidó que era madre de todos los españoles, y que como tal, les debía el amor, el ejemplo y la edificación.

Estas consideraciones, que han granjeado a nuestra difunta Reina el más tierno amor de todos los pueblos, no eran efecto de política, sino de una verdadera y profunda humildad. Esta virtud es muy rara cuando va acompañada de las honras. Que sea humilde y es tan pobre de mérito como de fortuna, más es necesidad que virtud. Ser humilde con algún mérito, es una virtud. Pero ser humilde cuando el poder, el mérito y los honores conspiran a desterrar el corazón la humildad, esto es un prodigio el más raro y estupendo. Pues este prodigio se dio en la Reina que hemos perdido. Lejos, lejos de su ilustrado espíritu aquella orgullosa presunción tan familiar en los grandes y poderosos, que les lisonjea haciéndoles creer que tienen una soberanía de espíritu y un ascendiente de razón tan justo como su poder, y por eso pretenden colocar sus opiniones a nivel de sus personas y de su dignidad. Jamás quiso la modestísima AMALIA que prevaleciese su propio juicio; jamás contó entre sus triunfos una obstinada adhesión a su dictamen. Semejantes victorias son propias de corazones mezquinos, de espíritus apocados, que, no conociendo el verdadero valor de las cosas, cifran su grandeza en aquello mismo en que consiste precisamente su degradación.

Pero AMALIA se hubiera indignado de ser esclava de unos deseos inferiores a su dignidad. No era de aquellas almas que se contentan con la apariencia del bien y quedan satisfechas con una vana sombra de felicidad. Aquellas almas en que, haciendo posesión suya el Espíritu Santo, engendra un amor ardiente que, a manera de activo fuego, destruye y consume todos los afectos terrenos, nada apetece en el cielo ni en la tierra fuera de Dios. Estas almas, decía un Padre, no se deleitan con las cosas de este mundo, ni se alegran con el magnífico espectáculo que presenta la vista al anchuroso mar, ni aprecian el oro y las piedras preciosas: todo su conato es amar a Dios, buscar a Dios en todas las criaturas. De este temple tan fino era el alma de nuestra difunta Reina. La divina providencia la colocó en un trono el más brillante de todo el universo. Pero, aunque se hubiese sumergido en el piélago de todos los placeres y delicias, aunque se hubiese empobrecido el Asia y las Américas para satisfacer todos los sentidos con sus gustos y regalos, en medio de todo este aparato de felicidad hubiera repetido aquellas palabras de Salomón: *todo es vanidad y aflicción de espíritu.* En medio de toda esta vanidad aparente, hubiese visto lo que el hijo pródigo: *yo muero de hambre.*

(...)